BOLETIN OFICIAL DEL OBISPADO DE SALAMANCA

Año 143 — MAYO-JUNIO 1990 — Número 5-6

DIRECTOR Y ADMINISTRADOR:

Manuel Cuesta Palomero

Iscar Peyra, 26. Tel. (923) 21 82 05. 37002 SALAMANCA

prelado

HOMILIA DE LA MISA CRISMAL - 1990

En los primeros días del pasado mes de marzo clausurábamos en Calatrava las Jornadas de Espiritualidad Sacerdotal que intentaban trasladar a nuestra diócesis las enseñanzas medulares del reciente Congreso dedicado en Madrid a estudiar el mismo tema. Se trató en ellas de descubrir los rasgos definitorios del horizonte espiritual del presbítero de hoy, lo que, dada la vibración del momento presente, no deja de constituir una aventura apasionante. Con un hito colocado en medio del camino de nuestra reflexión: redescubrir para nuestra época, en cada testimonio de vida sacerdotal, el estilo de Jesucristo, una existencia enteramente moldeada por el Espíritu. Y en este sentido, en su carta a los sacerdotes con motivo del Jueves Santo, el Papa nos apremia a actualizar en nosotros la acción misteriosa del Paráclito. Hay que invocarlo de nuevo, nos dice, para que inunde nuestros corazones con la gracia divina, haciéndonos descubrir, cada vez más profundamente, la amistad de Jesús, para que resuenen en ellos, una vez más, las palabras que recoge Juan en su evangelio: «a vosotros os he llamado amigos» (15, 15).

La espiritualidad del ministro ordenado debe estar centrada, más que ninguna otra, en la relación amistosa con Cristo resucitado. Se trata de una forma de vinculación esponsal con la persona adorable del Salvador, que da a su llamada a seguirle de cerca el significado de una verdadera declaración de amor. Sin una cálida respuesta a esta convocatoria íntima del Señor, que adquiere resonancias propias en cada momento concreto de la historia, resultaría imposible consolidar el horizonte de la espiritualidad sacerdotal. Se comprende, a la vista de ello, que Juan Pablo II insista, una y otra vez, en su mensaje a cada uno de nosotros, en la obligación insoslayable que a todos nos incumbe, de crecer en la amistad de Jesucristo, ayudándonos con la inspiración, con la fuerza, del Espíritu Santo.